

Lunes XXXI del TO
Ciclo A



6 de noviembre de 2023

Rom 11, 30-36

Sal 63

Lc 14, 12-14

P. Eduardo Suanzes, msp

El texto del Evangelio de hoy es continuación del que dejamos la semana pasada. Recordemos: Jesús está comiendo invitado por uno de los principales fariseos de la región. Lucas nos indica que los fariseos no dejan de espiarlo. Jesús, sin embargo, se siente libre para criticar a los invitados que buscan los primeros puestos e, incluso, para sugerir al que lo ha convidado a quiénes ha de invitar en adelante.

Es esta interpelación al anfitrión la que nos deja desconcertados. Con palabras claras y sencillas, Jesús le indica cómo ha de actuar: «*No invites a tus amigos ni a tus hermanos ni a tus parientes ni a los vecinos ricos*». Pero, ¿hay algo más legítimo y natural que estrechar lazos con las personas que nos quieren bien? ¿No ha hecho Jesús lo mismo con Lázaro, Marta y María, sus amigos de Betania? ¿No hay que invitar a cenar a los amigos? ¿No es buena una comida familiar...? Nos encontramos ante otro ejemplo de la lógica absurda de Jesús. Es el género paradójico tan usado por Jesús. A Jesús le gustan las exageraciones, las paradojas, porque a la gente le gustan también, porque permiten que el mensaje penetre con claridad y agudeza.

Al mismo tiempo, Jesús le señala en quiénes ha de pensar: «*Invita a los pobres, lisiados, cojos y ciegos*». Los pobres no tienen medios para corresponder a la invitación. De los lisiados, cojos y ciegos, nada se puede esperar. Por eso, no los invita nadie. ¿No es esto algo normal e inevitable?

Jesús no rechaza el amor familiar ni las relaciones amistosas. No se trata de tomar al pie de la letra un mandato, sino de dejar claro un mensaje. Y el mensaje es aquí la radicalidad del Reino. Invitar, ser invitado, comer con los amigos... está muy bien, es incluso necesario y bueno: dar de comer al hambriento está en otra dimensión: es aún mucho mejor. Lo que no acepta es que nuestras relaciones familiares o de amistad **sean siempre** las relaciones prioritarias, privilegiadas y exclusivas. A los que entran en la dinámica del reino de Dios buscando un mundo más humano y fraterno, Jesús les recuerda que la acogida a los pobres y desamparados ha de ser anterior a las relaciones interesadas y los convencionalismos sociales.

¿Es posible vivir de manera desinteresada? ¿Se puede amar sin esperar nada a cambio? Estamos tan lejos del Espíritu de Jesús que, a veces, hasta la amistad y el amor familiar están mediatizados por el interés. No hemos de engañarnos. El camino de la gratuidad es casi siempre duro y difícil. Es necesario aprender cosas como éstas: dar sin esperar mucho,

perdonar sin apenas exigir, ser más pacientes con las personas poco agradables, ayudar pensando sólo en el bien del otro.

Siempre es posible recortar un poco nuestros intereses, renunciar de vez en cuando a pequeñas ventajas, poner alegría en la vida del que vive necesitado, regalar algo de nuestro tiempo sin reservarlo siempre para nosotros, colaborar en pequeños servicios gratuitos.

Jesús se atreve a decir al fariseo que lo ha invitado: «*Dichoso tú si no pueden pagarte*». Esta frase nos asoma al mundo paradójico de las Bienaventuranzas¹. La expresión «*dichosos...*» de las bienaventuranzas es la forma paradójica, sorprendente, de hacernos caer en la cuenta de dónde está el verdadero valor de todas las cosas.

Esta bienaventuranza «del no buscar ser pagado» ha quedado tan olvidada que muchos cristianos no han oído hablar nunca de ella. Sin embargo, contiene un mensaje muy querido para Jesús: «Dichosos los que viven para los demás sin recibir recompensa. El Padre del cielo los recompensará»².

¹ Cfr. JOSÉ ENRIQUE GALARRETA. *Lo que nos quita el hambre del Reino*. En www.feadulta.com

² Cfr. JOSÉ ANTONIO PAGOLA. *Sin esperar nada a cambio*. En www.feadulta.com